

dos teólogos, que sacrificaban á su cruel política á los que querían reformar la religión, (1). Es inútil insistir en hacer la aplicación de estas palabras á la Iglesia; se encarga de ello ella misma; allí donde puede, fomenta y cultiva la ignorancia. Vamos á ver si le gustan las tinieblas por favorecer la moralidad.

La devoción de la Iglesia católica hacia la Santa Virgen, dice Bayle, es tan grande que puede decirse que constituye una de las partes más considerables del culto. Por más que se han ridiculizado los excesos y las hipérbolas de los frailes, esta devoción subsiste siempre y conserva todo su brillo. Diariamente se añaden libros á la innumerable multitud de escritos que se han publicado durante varios siglos en loor de Nuestra Señora y sus milagros. Ahora bien, entre las máximas que han sido emitidas por aquellos piadosos escritores, una de las más comunes es: *que se puede ser muy malo, y, sin embargo, muy devoto hacia la Madre de Dios*. Hemos referido rasgos curiosos de la inmoralidad del culto de la Virgen en la edad media (2). Se nos ha censurado el exhumar antiguallas en las que no piensa ya nadie. Bayle va á tomar nuestra defensa y á anonadar á la Iglesia: estas inmoralidades estaban en boga todavía en pleno siglo XVII, el siglo de Bossuet, y lo estarán mientras haya necios que puedan ser explotados por un sacerdocio á quien le parezcan buenos todos los medios con tal que alcance el imperio. Oigamos, pues, lo que se imprimía en el siglo XVII, ese siglo de filosofía cristiana, tan admirado por los modernos ortodoxos: "Había un joven tan pervertido y tan endurecido en el crimen, que habiendo sido reducido á prisión por varias muertes y robos que había cometido, abandonó al Hijo de Dios, con la esperanza de que el diablo le librara de la horca. Aquel hombre no dejaba de recitar diariamente el *Ave María*, y no quiso consentir jamás en la proposición que le hizo el diablo de renunciar á la Santísima Virgen. Esto le fué muy útil, porque habiendo visto cuando le conducían al suplicio una imagen de Nuestra Señora, le dirigió sus oraciones, y en el punto mismo la imagen, inclinando suavemente la cabeza hacia su devoto, le cogió del brazo de tal suerte que los arqueros no pudieron ya

(1) BAYLE, *Noticias de la república de las letras* (Obras, t. 1, página 562).

(2) Véase la parte octava de mis *Estudios*.

arrancarle de allí. Este estúpido cuento se halla reproducido con mil variantes en los libritos de devoción, escritos para la mayor gloria de la Santísima Virgen y para la edificación de los fieles. ¡Admírese, pues, la moralidad católica!

Bayle rechaza la distinción que se establece entre el dogma y la práctica para lavar á la Iglesia de estas vergonzosas supersticiones, y tiene razón. Ann cuando se la admitiese, nada ganaría la causa del catolicismo. La fe revelada vicia la moral en su esencia, subordinándola á la religión. ¡Cosa curiosa! Los defensores de la Iglesia nos dicen en todos los tonos que fuera del catolicismo no hay verdadera moral, al paso que la verdadera moral es incompatible con la religión revelada. ¿No es un axioma en teología que la herejía es un crimen de lesa majestad divina, es decir, un crimen inaudito ante el cual todos los crímenes castigados en el código penal no son más que niñerías? Tradúzcase este concepto al lenguaje y á las ideas vulgares, y véase la moral que resultará. Un fiel confiesa que ha cometido un adulterio: alcanzará su absolución sin gran dificultad, aun cuando no se llame Felipe II. Pero que diga que no se puede invocar á los santos, y no obtendrá la absolución; y si persevera en este funesto error, será hereje, y ¡desgraciado de él si habita en un país en que haya Inquisición! Tendrá el gusto de figurar en un auto de fe, mientras el rey que viene á asistir á tan magnífico espectáculo continúa sumido en el más criminal desorden, y es celebrado como rey católico por excelencia. Nuestra hipótesis no es desgraciadamente una hipótesis. ¿No vemos todos los días á hombres pervertidos por la educación católica tener escrúpulo para comer carne en día de abstinencia, y no tenerlo aun cuando en Viernes Santo cometan un adulterio ó seduzcan á alguna jóven? (1).

No para aquí la inmoralidad católica. El catolicismo justifica los crímenes y los convierte en virtudes, al paso que hace delitos de actos legítimos. La Sagrada Escritura abunda en acciones inmorales cometidas por aquellos á quienes la Iglesia nos presenta como modelos de santidad: ¿ luego el robo, el fraude y la mentira van á ser santificados? Si; porque Dios es quien ha mandado á los Hebreos que robasen á los Egipcios, Dios es quien

(1) BAYLE, *Pensamientos diversos* (Obras, t. III, p. 126).

ha mandado á Abraham inmolar á su hijo, y la voluntad de Dios lo legitima todo, hasta el crimen. Es que Dios tiene una moral, como tiene una justicia, distinta de la de los hombres: condena á los niños que acaban de nacer porque descendiendo de Adán, y glorifica á Abraham que va á cometer un crimen por mandato suyo. ¡Qué abismo de inmoralidad! Y aun no hemos acabado. Si hay algún derecho divino, lo es seguramente el del libre pensamiento. Es más que un derecho, es un deber, porque es el cumplimiento de nuestro destino. Ahora bien, el que ejerce este derecho, el que cumple este deber, comete un crimen, si la razón le dice una cosa distinta de lo que la Iglesia le enseña. ¿Qué digo? Los trabajos de la ciencia son un crimen cuando no están en armonía con la estúpida ignorancia de los monsignori que componen la sagrada congregación de la inquisición. No se equivoca, pues, Bayle cuando escribe: "Quisiera mejor, si fuese prisionero de la Inquisición, haber hecho más bastardos que Carlomagno, que haber enseñado, como Galileo, que la tierra gira alrededor del sol," (1).

Finalmente, hay una última censura que dirigir al catolicismo: vicia hasta las virtudes que prescribe. Lo hemos dicho ya, su moral es esencialmente una moral interesada, lo cual es la ruina de la moral. Se admiran los prodigios de la caridad cristiana, y no tratamos de disputar esta gloria á la Iglesia. Pero aquí examinamos el móvil de las acciones, y bajo este punto de vista preciso es decir, con los filósofos, que la virtud que no tiene en sí misma su fin no es virtud. La hermana de la caridad que alivia las miserias humanas, ¿lo hace por amor á la humanidad, por ese sentimiento natural que nos lleva á socorrer á los desgraciados? No conoce siquiera la naturaleza, porque para ser religiosa ha tenido que hollar varias veces los deberes que la naturaleza le impone. Se hace hermana de la caridad por amor á Cristo, lo cual quiere decir, en definitiva, por un sentimiento personal. ¿Se ocupa en curar los males que presencia? Pues es para ella un medio de ganar el cielo, y cuando puede además convertir á aquellos á quienes cuida, ya no tiene más que pedir. Por lo demás, el espectáculo de los sufrimientos no conmueve su corazón; se echaría en cara la compasión como un pecado: ¿no nacen los hombres para sufrir? ¿Y no es la enfermedad el estado natural del cristiano?

(1) BAYLE, *Pensamientos diversos* (Obras, t. III, p. 126).

Hé aquí la moral católica: ¿debemos admirarnos de que conduzca al mismo resultado que el paganismo? Todo cuanto Bayle dice de los paganos es cuadro copiado del natural, habiéndole servido de modelos los adoradores de los santos. "No era necesario un cambio de vida para aplacar á los dioses; bastaba reparar la negligencia en el culto externo ó añadir en él algo, edificar algún templo, multiplicar las víctimas, etc. El paganismo no era propiamente más que un tráfico de bienes temporales. Los hombres cumplían con oraciones, genuflexiones y ofrendas, y los dioses con el don de la salud y de las riquezas y con el buen éxito de una empresa. La virtud no entraba para nada en este comercio; no la pedían á los dioses, y les pedían atrevidamente favores injustos. Hasta los acusaban de ingratitud si dejaban sin recompensa los honores que se les tributaban," (1).

Es preciso, si se quiere moralizar á los hombres, hacer en todo lo contrario de la moral católica, es decir, que es preciso volver á la moral de los filósofos, que es tanto la de Bayle como la de Leibnitz y Espinosa. El catolicismo vicia la moral subordinándola al dogma. Es preciso romper estas funestas cadenas. No quiere esto decir que sea necesario separar para siempre la religión y la moral. Quien altera la moral es la fe revelada, no la religión en su esencia. Porque la religión en su esencia es el fundamento de la moral; llegará un día en que no habrá más religión que la moral. Para esto es menester que el cristianismo histórico se transforme. Es menester que el elemento supersticioso que va mezclado con él y lo corrompe desaparezca. Es decir que, para regenerar las creencias religiosas, era necesaria una obra de destrucción. Tal fué la misión del siglo XVIII. Bayle es su precursor; él mismo lo conocía, y éste será su eterno título de gloria: "Yo pretendo, decía, tener una vocación legítima para oponerme á los progresos de las supersticiones, de las visiones y de la credulidad popular. ¡Vocación santa que fué también la de Voltaire!

#### § VI.—Hume.

##### I

Bayle será siempre un enigma si se toman en serio sus protestas de ortodoxia: no se sabe qué

(1) BAYLE, *Continuación de los pensamientos diversos* (Obras, tomo III, p. 376).



pensar de un escéptico que se llama cristiano, y de un cristiano que emplea todo su talento, y lo tenía grandísimo, en probar que el cristianismo y la razón son inconciliables. Pero si el personaje es problemático, no sucede lo mismo con su doctrina, la cual conduce al escepticismo religioso, y, llevada á sus límites, al escepticismo absoluto. Un filósofo inglés nos dirá la última palabra de Bayle. Hume no hace ya un juego de la duda, sino un sistema: ni se llama ya cristiano, ni guarda respeto alguno con la religión, salvo el respeto legal que los ingleses tienen al hecho establecido. Bayle pertenece tanto al siglo XVII como al XVIII. Se diría que el siglo de Bossuet impone á los mismos libres pensadores, excepto *Espinosa*, que vive solitario como una idea. Bayle es medio protestante y medio filósofo: el protestante conserva su fe tradicional en las creencias cristianas; el filósofo las combate. Hume es el Bayle del siglo XVIII, siglo de incredulidad. Bayle, educado en el espiritualismo cartesiano, no toca nunca á la inmortalidad del alma ni á la existencia de Dios. Hume, discípulo de Locke, pero más lógico que su maestro, no retrocede ante ninguna de las consecuencias del sensualismo. ¿Qué debían ser para él, no digamos el cristianismo, sino toda clase de religión? Lo que ésta era para Epicuro, un vano espantajo que no es bueno más que para turbar la imaginación con fantasmas, y del cual es preciso desembarazarse si se quiere pensar libremente.

Los filósofos del siglo XVII admitían una religión natural, dando por sentado que la idea de Dios es innata en el hombre y que el creer es una necesidad de su alma. ¡Error!, dice á eso Hume: no hay más necesidades naturales que aquellas que son siempre y en todas partes las mismas; que no se apartan jamás de su objeto, hallándose éste exactamente determinado: tal es el amor propio, tal es la inclinación que lleva á un sexo hacia el otro. ¿Sucede lo mismo con la religión? Ciertamente que en todos tiempos y en todas las naciones parece que se ha creído con bastante generalidad que existía un poder superior, inteligente é invisible; sin embargo, eso no es quizá tan absolutamente cierto que no se encuentren sus excepciones; y aun es menos cierto que esa creencia haya producido las mismas ideas en todos los entendimientos. Si hemos de fiarnos en las relaciones de los viajeros y de los historiadores, hay pueblos desprovistos

de todo sentimiento religioso. Y por otra parte, es seguro que no se encuentran dos naciones, ¿qué digo yo naciones?, costará trabajo encontrar dos individuos que tengan precisamente las mismas creencias acerca de Dios. Y Hume deduce de eso que la religión no nace de un instinto originario ó de una impresión primitiva de la naturaleza (1).

Si la religión no tiene su origen en la idea de Dios y en una necesidad del espíritu, ¿por qué se la encuentra entonces en todos los pueblos y en todos los tiempos? Dejemos á un lado las tribus salvajes, razas decaídas cuya existencia nada prueba contra el sentimiento religioso, como no prueba nada contra la sociabilidad; y fijándonos en las naciones más ó menos cultas que ocupan el globo, es indudable que la religión es un hecho universal. ¿Qué importa que ella varíe en el objeto de sus creencias? La unión del hombre y de la mujer, que Hume admite como una institución de la naturaleza, ¿ha sido siempre la misma? Después de todo se necesita una razón cualquiera para explicar la universalidad y la persistencia de las religiones que parecen inmortales, al menos en el sentido de que no perecen más que para transformarse. Hume va á buscar la explicación de este hecho en el instinto más vil de nuestra naturaleza, el temor. Un instinto que el hombre comparte con el bruto no puede dar origen á creencias tan elevadas. Hé aquí el cuadro que traza Hume de la religión en su principio; es poco lisonjero que digamos: "La religión primitiva del género humano debe su origen á los temores que inspira el porvenir. Puede juzgarse de las ideas que los hombres han debido formarse de un poder invisible y desconocido, cuando todo lo que les rodeaba les hacía temblar, y cuando su ánimo estaba impresionado á cada paso por siniestros acontecimientos. En el alma sombría del devoto venían á pintarse con los más negros rasgos todo lo que la malicia, la venganza y la crueldad tienen de horrible, y todo ello aumentaba el horror de que aquella alma estaba poseída. En aquellas profundas tinieblas, ó, lo que es peor, en el débil crepúsculo que rodeaba al hombre, la Divinidad se presentaba á él como un espectro revestido de la forma más espantosa; no hay rasgo de perversidad de que no le creyera ca-

(1) HUME, *Historia natural de la religión* (*Œuvres philosophiques*, t. III, ed. Londres, 1761).

paz y que no le atribuya sin el menor escrúpulo en medio de sus accesos de terror."

Lo que la religión ha sido en su origen lo sigue siendo aún en el día; los terrores han cambiado de objeto, pero el miedo es siempre el gran instrumento del sacerdocio para retener á los hombres en los lazos de la fe: ¿qué es el cristianismo para la inmensa mayoría de los fieles más que el miedo del infierno? Quitad ese temor, y ¿qué quedará? Hé ahí por qué la religión ejerce sobre todo su imperio sobre los niños: es la edad más débil y más tímida. Hay hombres que no salen jamás de la infancia, porque los sacerdotes tienen buen cuidado de perpetuar su ignorancia y su credulidad: en las clases más ignorantes es donde se encuentra más religión. Hay también un sexo que, por debilidad y por ignorancia es presa del terror como la infancia. ¿Cuál es el apoyo más firme de todo lo que se llama superstición? Estrabón responderá por Hume: "Los jefes, dice, y los ejemplos de todo género en cuanto á prácticas supersticiosas son las mujeres, y ellas son las que excitan á los hombres á la devoción, á los rezos y á la observancia de los días religiosos." Aun se podría decir otro tanto en el siglo XIX. Pero ¿qué prueba todo eso? Que hay que dar instrucción á las mujeres y á las clases inferiores para que desaparezca la superstición. Pero ¿desaparecerá la religión con la ignorancia y la credulidad? No; se transformará y se elevará con nuestros sentimientos y nuestras ideas; pero no perecerá, á menos que el hombre se convierta en un ser de la misma naturaleza que los brutos; y si así sucede, ¿á qué conduce el filosofar?

Á pesar de su escepticismo, Hume ensalza á menudo la razón humana, porque puede llegar al conocimiento del soberano Ser, y porque de los objetos que la naturaleza presenta á nuestros sentidos se remonta hasta el principio, hasta el Creador del universo. Todo eso está muy bien dicho; después de haber glorificado la razón de ese modo, la compara Hume con la religión: "Pero hé aquí otro espectáculo diferente: pasead vuestra vista por las naciones y por las edades, examinad las máximas de las religiones que han estado más en boga, y os persuadiréis que no son otra cosa más que ensueños de un hombre delirante, si es que no las tomáis más bien por fantasías caprichosas de monos disfrazados, más bien que por aserciones serias de personas que se llaman racionales." Ja-

más se ha dicho cosa tan despreciativa del cristianismo tradicional, porque es de la religión cristiana de la que se trata. Y no obstante, esa despreciativa apreciación es hasta cierto punto merecida: es una especie de represalia. La religión ha increpado y despreciado á la razón durante siglos, pretendiendo hacer de ella su servidora, su esclava; y ¡qué servidumbre, gran Dios! ¡La razón se esforzaba en probar que uno y dos hacen uno! ¡que el hombre y Dios pueden unirse en una sola persona! ¡que Dios condena al niño por el solo crimen de ser hijo de su padre! ¡que un mismo cuerpo se puede encontrar en mil diversos sitios! Hé aquí las argucias y sutilezas en que se empleaba todavía la razón en el siglo XVII. ¿Habrá que admirarse si ha concluido por rebelarse contra aquella estúpida dominación, y ha maltratado á su vez á sus maestros calificando de asnerías á creencias que son un reto al buen sentido?

Hume no hace mal en mofarse del catolicismo: un día vendrá en que la humanidad entera será de su opinión: "Supongamos que un doctor de la Sorbona dijese á un sacerdote de Sais: ¿Cómo es posible que adoréis á puerros y á cebollas?—Si nosotros los adoramos, respondería el sacerdote, por lo menos no los comemos.—Pero ¿y los gatos y los monos? replicaría el sabio doctor: vaya unos graciosos objetos de adoración.—Valen tanto por lo menos como las reliquias y los huesos podridos de los mártires, contestaría su docto antagonista.—Pero ¿no seréis bien locos, insistiría el de la Sorbona, en degollaros mutuamente para decidir si un nabo es más respetable que un cohombro?—Convengo en ello, diría el egipcio; pero convendréis también conmigo que aun es más insensato hacer la guerra por libros llenos de sofismas, diez mil de los cuales no valen un cohombro."

Hé aquí verdades poco agradables á oídos católicos, pero que no son menos ciertas, y que es conveniente repetir en el siglo XIX, puesto que gracias á la reacción se reaniman las antiguas supersticiones y se forjan otras nuevas. Hay un dogma en el cristianismo ortodoxo, común á todas las sectas, que bastaría por sí solo á ridiculizar la ortodoxia cristiana, y, sin embargo, es un dogma capital, la Eucaristía: si él desaparece, desaparece con él la Encarnación, y con ésta viene á tierra toda la religión tradicional. La cena ha sido siempre para los libres pensadores una piedra de escán-



dalo. En la edad media decía ya el famoso Averroes, ese príncipe de los incrédulos, que no conocía religión más absurda que aquella en la cual los sectarios comen á su Dios después de haberle creado. Oigamos el comentario que hace Hume de esa frase del filósofo árabe: "Efectivamente, no creo que haya dogma alguno del paganismo que se preste tanto al ridículo como la doctrina de la presencia real; esta creencia es tan absurda que ni hay términos para argüir contra ella." No pudiendo hablar seriamente de un dogma que parece imaginado por un mal gracioso, nuestro filósofo cuenta la historia de un joven turco que, habiendo sido convertido en París merced al buen vino que se le hizo beber, comió á su Dios. Al día siguiente, se le preguntó cuántos dioses había, y contestó que no había ninguno. Y como se enfadase su instructor, el catecúmeno replicó: "Es muy cierto: ¿no me habéis enseñado que no había más que un Dios? Pues bien, yo me le he comido ayer."

¡Si á lo menos la Iglesia se contentase con creer esas bonitas invenciones, si no pretendiese imponer su creencia á todos los hombres, pena de su salvación primero y después bajo penas más reales y más terribles, como son los calabozos y las hogueras de la Inquisición! En el día, la Iglesia se hace todo lo tolerante que puede ser; y si hemos de creer á algunos de sus defensores, es la inventora de la libertad religiosa. Pero eso es querer lavar el crimen de la sangre vertida con un nuevo crimen, la falsificación de la historia. El siglo XVIII ha inaugurado la era de la tolerancia. ¿Quién fué el apóstol de la libertad? La filosofía. Dejemos hablar á Hume: "Los Cartagineses, los Mejicanos y otras naciones bárbaras que han sacrificado víctimas humanas no tienen de qué sonrojarse ante los inquisidores de Roma y de Madrid; quizá no han derramado tanta sangre como éstos. Aparte de que aquellas víctimas que se sacaban á la suerte no podían interesar mucho al resto de la sociedad, mientras que los rayos de la Inquisición caían sólo sobre la virtud, la ciencia y el amor á la libertad; y desterradas esas cualidades, sólo quedaba ver gonzosa ignorancia, la depravación de costumbres y la vil esclavitud. La muerte de millares de hombres á causa de la peste, del hambre ó de alguna otra calamidad es menos funesta que el asesinato de un solo hombre por la espada injusta de la tiranía."

## II

Nosotros aplaudimos la obra de Hume mientras que se limita á combatir las supersticiones; pero hace mal en prevalerse del abuso de la religión para increpar la religión. No sería difícil formar una colección de errores regularmente sangrientos sembrados en los escritos de los filósofos: también hay simplezas filosóficas, como hay simplezas teológicas; y si aquéllas no pueden ser invocadas contra la libertad de pensar, tampoco pueden invocarse éstas contra la religión. Con estas reservas aceptamos la crítica que Hume hace de la famosa identidad de la razón y de la fe que imaginó Descartes y que Leibnitz trató en vano de defender contra Bayle. Los filósofos del siglo XVII creían hacer un gran servicio al cristianismo sosteniendo que sus dogmas están en armonía con la razón.

En efecto, si hubieran triunfado, habrían ligado á la religión cristiana á todos aquellos cuya convicción se niega á aceptar creencias que su razón rechaza; y adviértase que el número de estos incrédulos va creciendo. Pero la tentativa de los filósofos cristianos implica contradicción, y debía fracasar completamente si los dogmas continuaban siendo misterios; y tampoco podía lograr su objeto si los dogmas se hacían razonables. De este modo la filosofía cristiana producía un resultado contrario á la intención de los que se consagraban á tan improbo trabajo. Hume hace la observación: "Los que han tratado de defender la religión cristiana por medio de los principios de la razón humana son amigos peligrosos si es que no son enemigos disfrazados. Nuestra santa religión no está fundada en la razón, sino en la fe; y no hay medio más seguro de comprometerla que el de someterla á una prueba que no puede sostener" (1).

Hume tenía razón; pero ¿hablaba en interés de nuestra santa religión? ¿De esa santa religión que él insulta en otras partes calificándola de fantasía de monos disfrazados? Leibnitz era más sincero cuando lanzaba este grito de alarma: la fe perece si no la ponéis de acuerdo con la razón. Aquel grande hombre se preocupaba de la esencia de la religión, y confiaba en que, por una libre interpre-

(1) HUME, *Œuvres philosophiques*, t. II, p. 59.

tación, el cristianismo podría armonizarse con la religión natural de la que era tan afecto. Si se ha engañado respecto de los medios, no se engañó en cuanto al fin: el cristianismo protestante se ha ido haciendo razonador, y apenas difiere de la religión natural más que en el nombre. Hume tomó por otra senda; y si declara que la fe es inexplicable por la razón, lo hace para destruir la fe. Se dirige á un siglo filosófico, idólatra de la razón, y le dice que la fe es un milagro permanente, lo que equivale á decir que ni la razón lo comprende ni la puede aceptar: "El que está inspirado por la fe dentro de la religión cristiana siente que se verifica en sí mismo un milagro continuo, el cual trastorna todos los principios de su entendimiento y le determina á creer lo que hay más contrario á la razón y á la experiencia" (1). Nada más cierto; pero si es así, ¿qué viene á ser de la fe? El siglo XVIII, comprendiendo en él á Hume, ¿estaba dispuesto á creer en aquel milagro? El mismo Hume, en el Ensayo del cual tomamos este pasaje, prueba que los milagros son una ilusión, por lo cual la fe, en definitiva, es una ilusión.

¿Se creará que después de esto ensalza Hume su escepticismo como el primer paso hacia la religión cristiana? "La razón, dice, no conduce más que á la duda, y apenas si nos hace ver la posibilidad de un principio inteligente; su impotencia debe inspirarnos desprecio de la filosofía é inclinarnos á desear una revelación más clara de las verdades que más nos interesan acerca de Dios y de nuestro destino. De este modo la duda filosófica nos conduce á la religión revelada." Strauss tiene razón al decir que Hume lleva la ironía hasta el in-

(1) HUME, *Essai sur les miracles* (*Œuvres*, tomo II, página 41).

sulto (1). En Bayle es posible la buena fe; es un dialéctico sutil que gusta de ver combatir á la fe contra la razón; y cuando dice que su fin es mostrar la insuficiencia de la razón, es preciso creerle, no habiendo prueba en contrario. Pero ¿cómo admitir que Hume sea cristiano, cuando vierte el desprecio á manos llenas sobre los dogmas del cristianismo? Si habla de *nuestra santa religión*, es á la manera de sus compatriotas, que profesan gran respecto á todo instituto legal, siendo así que la Iglesia cristiana tiene á su favor la autoridad de la ley y de la tradición. En eso se distingue Hume de los filósofos franceses, sus contemporáneos. Los Ingleses no tienen el genio revolucionario de los Franceses; aquéllos se contentan con ser incrédulos en teoría: cada cual piensa para sí y deja á los demás creer lo que se les antoje. Hume dice en algún pasaje de sus obras que no hallaría consuelo si quitase la fe á un creyente; sentimiento muy respetable, pero que no aprovecha gran cosa á la humanidad. Los hombres necesitan una religión que esté en armonía con su razón. Si los filósofos consideran que la fe revelada está en continuo desacuerdo con la razón; si creen que esa fe conduce á la superstición, ó, mejor dicho, que es supersticiosa en su esencia, su deber es ilustrar á los hombres, porque el error acerca de la fe engendra el error acerca de la moral, y las sociedades no pueden vivir con una moral viciada. El hombre no puede vivir con los venenos: vive con la verdad, y aquellos que están llamados por Dios á investigar la verdad, como son los filósofos, no deben guardar para sí solos los frutos de sus vigiliias; deben extenderlos, porque son misioneros de la verdad. Esta es la gran obra que la filosofía del siglo XVIII va á inaugurar.

(1) STRAUSS, *Christliche Glaubenslehre*, t. I, p. 333.

